



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Gonzalo Cantó.)



—No me alaban como deben
porque siempre colaboro...
¡mas yo he de probar que puedo
andar por el mundo solo!

SUMARIO

Terror: De todo un poco, por Luis Taboada.—La gallina vieja, por Luis de Ansorena.—La primera capa, por Eduardo de Palacio.—Un lector distraído, por Juan Feras Zúñiga.—El secretario particular, por José Zabouero.—La vida de Juan Soldado, por Simelio Delgado.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas; Gonzalo Cantó.—Trascuntes (seis viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

¡Qué idea tan triste se habrán formado de nosotros los hombres serios!

—¡Vaya unos tipos que son esos periodistas cómicos!—dirán desdeñosamente.—¡Qué falta de formalidad la suya, que afán de reírse de todo lo importante, qué ligereza, que trivialidad!...

Para los hombres que estudian la marcha política de las naciones y recapacitan sobre la decadencia actual del latín y se entregan a la honda reflexión respecto del porvenir de nuestras colonias, nosotros, los que vivimos de la pluma, somos unos infelices, unos míseros...

Los pintores, los músicos, los literatos, los actores... ¡Bah! Ya quisieran tener la importancia que tiene el último de los individuos de una comisión política ó el más bruto de los vocales de una junta arancelaria.

Todos los que vivimos lejos de las luchas enconadas de la política é ignoramos, por consiguiente, cómo se verifican las votaciones y cómo leen las actas los secretarios, venimos á ser unos pobretones, indignos de sacramentos.

Vaya usted, artista insigne, al salón de conferencias, y como no sea usted diputado ó senador, le mirarán con desprecio olímpico los hombres serios, y habrá alguno que diga:

—¡Hombre! ¿Quién ese del gabán color de paza?

—Pues un pintor ilustre.

—¿Un pintor?... ¡Pobrecillo! Puede que no haya comido hoy.

∴

Nunca me vi más menospreciado como una tarde en que tuve la malhadada ocurrencia de visitar á un político de mi pueblo, diputado á la sazón, y bruto él hasta la saciedad.

Hallábase rodeado de admiradores que le escuchaban con asombro.

—Sí—decía él arrojando bocanadas de humo y fijando la vista en el techo.—He pedido un turno para discutir la ley de pósitos... Me he dedicado al estudio de esta difícilísima materia y creo haberla dominado.

En aquel momento entré yo con mi hongo y mi cortedad natural, y el hombre, dirigiéndome una ojeada llena de conmiseración, me dijo sin levantarse:

—Pase usted, Taboadita... ¿Qué vientos le traen á usted por ahí? ¿Se ha limpiado usted los pies en el felpudo del pasillo?... ¡Vaya, vaya!... Conque siempre escribiendo, ¿eh? ¿Y qué tal? ¿Se va saliendo del día?... ¿Cuántos hijos tiene usted?

—Dos.

—¡Pobrecillos!

Era tal mi aturdimiento que no me atrevía á sentarme ni á dejar el hongo, y permanecí de pie al lado de la chimenea hasta que el diputado me indicó con un gesto que me dispensaba la honra de cederme una silla.

—Vaya, tome usted un cigarrito—exclamó por último, alargándome un puro de diez céntimos.—De éstos entran pocos en libra.

Salí de allí humillado y corrido á causa de mi inferioridad, y después supe que aquel hombre serio, dispensador de mercedes y

de puros de perro grande, había tratado de pronunciar un discurso en el Congreso y no le había sido posible, porque se le atravesaban las oraciones en el gaznate, y por decir *llegamos* dijo *lleguemos* y *diferencia* por *diferencia* y *defecto* por *defecto*, etc., etc.

Pero sigue asegurando que la verdadera seriedad y la importancia únicamente residen entre las personas que forman parte de ambos Cuerpos colegisladores.

¡Que le hablen á él de ciencia ó de arte ó de poesía!... ¡Qué cosas tan pequeñas!... ¡Donde está Canga Arguñales!... ¡Donde está Castellano!...

Sí, señor; la seriedad, la importancia, el respeto, todas estas grandes manifestaciones del espíritu humano residen únicamente en esos templos titulados alta Cámara y Cámara baja; allí es donde se agitan los asuntos más trascendentales, allí es donde existe la verdadera seriedad, allí es donde se eleva la criatura hasta las regiones de la serena razón.

Díganlo si no los hombres graves que se dedican á reorganizar el antiguo partido conservador y los que se agrupan en torno de Romero Robledo y los que permanecen como el alma de Garibay...

¿Qué hacen todos ellos? Pues, sin ánimo de agraviarles, puede decirse que vienen cometiendo una serie no interrumpida de majaderías, y hasta se me figura que yo, escritor festivo é insignificante, resulto mucho más formal que todos esos señores...

* *

Ricardo Sepúlveda ha publicado un libro tan interesante como bien escrito. Titúlase *Antiguallas*, y en él demuestra su autor que no ha renunciado á la pluma, con la que en otros tiempos hizo las delicias del público.

Eusebio Blasco, á su vez, ha dado nuevas muestras de la flexibilidad de su talento publicando *Corazonadas*, un libro de versos deliciosos que se lee de un tirón y deja en el alma impresiones dulcísimas.

Los distinguidos escritores D. Carlos Costa y D. José María Jordá, de Barcelona, han publicado también la versión española del drama de Sudermann, *Magda*, hecha por ellos con tanta discreción como arte.

Á todos envío las gracias por la distinción que me otorgan enviándome sus libros, y aprovecho la oportunidad para repetirme suyo afectísimo seguro servidor, Q. B. S. M.,

Luis Taboada.

*

La gallina vieja.

Una gallina coquetona y vieja, conteniendo su rabia, en son de queja dijole un día á su señor el gallor:

—Que te relate mis tormentos deja, pues más no puedo y moriré si callo.

Yo vine á este corral cuando era joven é ignoraba, por tanto, que en el mundo no existe amor profundo

que el tiempo y la costumbre no nos roben.

En el instante mismo en que me viste

la roja cresta con orgullo erguiste,

lanzaste un grito gutural... y luego

con ímpetu terrible por lo ciego,

olvidado de todo, á mi viniste;

y la inocencia que al entrar traía

deshízose como ante el sol la bruma

al beso de tu pico, que se hundía

en el montón sedoso de mi pluma.

Te tave desde entonces por mi dueño,

y al ver el arrebató de tu empeño

no pensé que un afecto de tal brío

podiera terminar en el desvío

que da al placer la vaguedad de un sueño.

¡Inocente de mí! Poco ha durado

un amor como eterno imaginado...

Macho al fin, me mostraste los rigores

de tu loca inconstancia, que te inclina

á obsequiar con halagos tentadoras

á toda hermosa y virginal gallina

que entra en este corral de mis amores.

Cosa que, es natural, me causa espanto,
 pues yo, como bien sabes,
 siempre vi en el amor el sumo encanto
 y soy la más celosa de las aves.
 Vuélvete, pues, á gozar de la fortuna
 y la sultana á ser del gallinero,
 que en é te no hay ni habrá gallina alguna
 que te quiera, señor, como te quiero.
 —Cansada y fastidiosa fué la arenga—
 el gallo respondió tras breve pausa.—
 No hay gallina vetusta que no venga
 con tal dislate á defender su causa.
 Ojga, señora mía, las razones
 que oponer puedo á la demanda suya,
 pues no está bien que la cuestión rehuya
 gallo que aprecie cresta y espolones,
 Nuestra madre común Naturaleza
 dióme, junto al amor por la belleza,
 constante juventud en mis pasiones;
 y así, pues, no es extraño
 que la gallina que mi afecto goza
 sufra el golpe fatal del desengaño
 cuando entra en el corral gallina moza.
 De mi afán no se asombre...
 Lo nuevo siempre atrae como el abismo...
 El gallo más filósofo es el hombre,
 y le pasa lo mismo...
 Y las que quejas traen tan peregrinas
 piensen en lo que hicieran
 si á este corral vieran
 gallos, dulce señora, y no gallinas!

Luis de Ansorena.

La primera capa.

No la primera capa geológica, no la primera capa social, sino la primera capa andaluza, ó la primera capa madrileña, ó de Santa María de Nieva, es la que merece para mí mayor consideración.

«¡Yo te saludo, prenda!»

No puedo contener esta exclamación á la par de asombro y de respeto para quien se presenta ante la vindicta pública envuelto en la primera capa de la temporada.

—¿Quién será ése?—me pregunto.—¡Hombre grande! ¡Personaje ilustre! Después de D. Martín Esteban, tú.

Pocos te aventajarán en patriotismo y en prudencia, puesto que eres ejemplo de previsión y de orden y mantienes el figurín de nuestros mayores, puramente español.

Solamente el monstruo de previsión que se echa á la calle con paraguas, el primer aparato compuesto de hombre y paraguas, que se presenta apenas caen las cuatro primeras gotas, cuando ni las nubes ni el barómetro anunciaban lluvia, es superior á tí científicamente.

En cambio, considerado económicamente, eres tú muy superior al del paraguas.

¡Quién sabe los deavolos que te habrá costado la conservación de la capa en buen estado «de salud» para estos fríos, libre de polillas y de otros *sucios insectos!*

¡Quién sabe si tal vez la has desempeñado en estos momentos históricos, quitándotelo de tu comer!

Nota.—Generalmente, el primer embozado que sale al ruedo no es, como pudiera suponerse, un enfermo ó un anciano.

Como el primer ejemplar de paraguas no sale resguardando el sombrero de copa de un título de Castilla, de un banquero ó de un general de cuartel, sino defendiendo un hongo con válvulas y una cazadora «chorreada en verdugo».

El primer embozado suele ser un sastre «de torero y de seglar». O uno de esos hombres modelos de orden, economía, acierto y honor á la familia.

¡Con cuánta envidia le contemplan los que ya han perdido la capa ó los que aún no la han criado!

—¿Quién será ese personaje?

—¡Ya hay capas!

—¡Capa, y con embozos ó «bandas» de terciopelo *français!* ¡Oh, *le grand manteau andalous!*

—¡Y yo con este smoking estilo Víctor Hugo!

«¡Mientras hay quien pesa la capa, cuántos infelices perecen de frío en las mazmorras, en los calabozos, en los desvanes, en las bodegas, en algunos teatros, en las miserables guardillas donde el pobre duerme sobre su esposa y niños, y viceversa, apiñados, sin movimiento!...»

Este trozo es imitación de un imitador de los grandes escritores socialistas.

Un Tolstoi con media de abajo.

La verdad es que la Económica ó la de Escritores y Artistas— asociación—deberían premiar, así como á la virtud, que suele ha-

cerlo la primera de dichas sociedades, al prematuro embozado que saliera por esas calles.

Porque no cabe dudar de que es un español convicto y con capa.

Y un hombre con responsabilidad y de respeto.

Y que ha tenido riñones para gastarse de una vez doce, catorce, quince ó veinte pesetas, que hay capas de ese precio.

Un hombre de corazón y pudiente y pródigo, al mismo tiempo que arreglado á la escena española.

Eduardo de Palacio.

*

TRANSEUNTES



¡Madre infelice!
 ¡Corro á salvartí!...

*

Un lector distraído.

(CUENTO SOSO, PERO INVEROSÍMIL)

«El libro es mi chifladura

(me dijo Simón Miró),

y no habrá de fijo, no,

quien se empape en la lectura

ni se abstraiga como yo.

Si abro un libro y en él hundo

mi atención, ya no comprendo

que hay más que aquello en el mundo,

y echo á andar y voy leyendo

sin descansar un segundo.

¡Dada usted de lo que digo!

Pues oiga usted una cosa.

Un tal Cano, que es mi amigo,

me dió una vez su preciosa

novela llamada *El trigo*.

Cuando cogí el ejemplar

acababa de cerrar

una carta para Estella,

y hacia el correo eché á andar

leyendo la joya aquella.

Llevaba en la diestra mano

la carta, y en la otra el tomo

que me había dado Cano,

y andando, sin saber cómo,

crucé el suelo castellano.

En mi abstracción singular,

TRANSEUNTES



—¡Cuántos estorbos! ¡Cuántos empujones!... ¡Esta calle de la Montera está intransitable! El gobernador debía tomar alguna determinación para que la gente desocupada no interrumpiera el paso á los coroneles retirados que salieran á dar una vueltecita.

por andaluces terrenos
seguí andando sin echar
la carta, ni echar de menos
el comer ni el descansar.

Miré á un lado y á otro lado.
Todo era desconocido;
mas dije: «No habré llegado
al correo»; y sin cuidado
seguí leyendo abstraído.

Pronto á la costa llegué
y el Estrecho atravesé
sin mirar lo que pisaba.
La novela continuaba,
y en Marruecos puse el pie.

Me interné con rumbo incierto
por territorio africano.

Con el libro siempre abierto
y la cartita en la mano,
llegué al famoso desierto,
y encontré en el arenal
un león con calentura.

¡Qué boca más colosal!
Yo, sin dejar la lectura,
me fijé en el animal,

y exclamé al ver al león,
dando cuatro zapatetas:
—¡Eal! Llegó la ocasión.

¡Ya estamos junto al buzón
de la calle de Carretas!

Por aquel buzón eché
la carta sin más ni más.
Á la fiera incomodé,
sus dientes hicieron ¡ras!
y allí la mano dejé.

Á otro le hubiera dolido;
pero á mí no, ¡qué bobada!
Ni me di por entendido.
Como iba tan distraído
leyendo, ¡no sentí nada!

Leyendo, como me fui,
volví; por aquí pasé,
y aquí casualmente vi
al amigo Cano, que
al paso me dijo así:

—Dame la diestra, Simón.
Y yo, sin dejar de andar
y leer, dije:—¡Perdón!
Se ha quedado en el buzón
y no te la puedo dar.

Seguí andando, en mi deseo
de terminar la novela,
y más flaco que un fideo
la terminé en Orihuela,
y allí acabó mi paseo.»

Tanto me llegó á chocar
de Simón el caso aquel,
que le hube de preguntar:
—¿Y andando cruzó usted el
estrecho de Gibraltar?

Y respondí:—Lo he cruzado
á pie, sin ver lo que hacía.
¡Si iría yo ensimismado,
que ni humedad he notado
durante la travesía!...

—¿Y la mano?...

—Ya deshecha,
¿quién sabe dónde hoy se esconde?
Yo no; desde aquella fecha
confieso que no sé dónde
tengo mi mano derecha.

Juan Pérez Juniga.

★

El secretario particular.

Hay en el tribunal del arte una sala correccional: la sátira. En ella las culpas, los juicios y las penas son verdades; todo es cierto, menos el reo; el reo no existe más que en la miserable suspicacia de los tontos que acuden á recoger lo que les corresponde y se declaran aludidos ¡ellos mismos!

(Cita de una obra que escribiré.)

Librame Dios Nuestro Señor de censurar la humildad, la paciencia y amor al trabajo de tantos modestos jóvenes que sirven en oficinas particulares... sufriendo el *sic vos non vobis*... pero si en algunos hubiera culpa, hago restallar mi látigo en el aire.

No se concibe que hoy exista solterona sin perrito, ni personaje viejo sin secretario particular.

Los cutis de pasa, los pechos llenos de rancios sentimientos piden lisonja perruna, así como una memoria en quebranto, el entendimiento flojo, la escritura temblona y el habla tartajosa hallan ayuda en mozos cazadores de fechas, chicos listos, estilistas y amanuenses de arte en floridos rasgueos, parleros con música y robustos genuflexores.

De aquí el vino nuevo en odres viejos.

Aurelia era una preciosa muchacha.

Una de tantas como nacen hermosas en nuestra España, y debemos añadir, en gracia de la verdad de sus gracias, que era de las más bonitas chiquillas de por acá.

—¿Nada se te ocurre?—decía muy apenada, cierta noche, por el balcón, á Juanito, su novio, que se hallaba en la calle.

—¡Qué he de hacer! ¡No tengo un cuarto!—replicaba el mozo.

—Bien poco necesitamos—decía ella.

Y, claro, aquello acabó. Romeo era un pobretón desesperado, y no se le debe pedir á Julieta pasión y constancia cuando su amante tiene un corazón de mantequilla de Soria, dulzón y blando.

¡Ah! Para poder vivir él érale preciso hacerse... secretario particular.

—Harás carrera, Juanito—se decía.—¡No ves que todo lo que en el mundo supone ser asunto de importancia está representado por corporaciones académicas é instituciones góticas, verdaderos asilos de viejos!

De viejos políticos.

De viejos generales.

De viejos antores.

De viejos catedráticos.

Tales instituciones son almacenes de caretas.

Plántate tras de uno de esos viejos y hablarás como los cómicos chinos, que ocultan su cara con mascarones deformes.

Aun así puedes concebir esperanzas lisonjeras.

Andando el tiempo, el acartonado viejo morirá. Tú tendrás la faz rugosa, facciones de idiota, cachiporrudas, faz de hipócrita, memoria con espesas telas de araña, razón desquiciada, y serás genio asmático, poeta miope, político con pupas, rancio, flácido, reumático... pero tendrás un mozo pujante de secretario particular.

—Servidor de usted—dijo, entregando la carta de recomendación á D. Pedro, el joven Juanito.

Y quedó admitido al íntimo servicio de aquél nuestro joven diligente, Juanito Soto-López

—Soto, conteste usted á esta carta de la marquesa Miflor. Como usted ve, es mujer muy fantaseadora—decía con hastío D. Pedro.—Ponga á gusto de usted una cartita muy... muy...

—¡Vaya una carta!—pensaba después Juanito, viendo las galanterías delicadas, el fuego, la soltura que había puesto en la respuesta; respuesta que leía con ojos cansados y mohín de fatigoso el viejo D. Pedro, como quien hace suyo lo que él no ha pensado, sino lo que ha pagado.

—Soto... tengo que decir mañana alg unas palabras en el banquete del partido... ¿A propósito de qué?

—Puede usted hablar... de la protección, por ejemplo: Señores, me levanto á brindar en defensa del vino mismo de color de rubí que os muestro en esta copa de brillante cristal. La hacienda es una hija ingrata que olvida que ha de atender ante todo á su

madre la tierra... Brindo, pues, por que las doctrinas de una sabia y prudente protección favorezcan ante todo el tráfico vinícola, el vino producto de nuestro suelo y de nuestro sol; símbolo de nuestra sangre caldeada y roja y de nuestro espíritu fantaseador y audacioso.

—Esto, sí, escribámelo... No prosiga, que no podré retener tantas palabras. Sí, como se debe de brindar en un banquete, con cierto... cierto.

—Humorismo—dijo Juan.

—Humorismo, humorismo. ¡Ah! Cuidese usted de dar el brindis á los periodistas para...

—Comprendido.

—Soto—decía D. Pedro en ocasiones, hablaré en el Senado, pero no me descuide usted el discurso de la Academia: «Importancia de los adjetivos en la civilización...» ¿no es esto?

—Admirablemente.

—Usted sabrá si entre tanto librote... como tengo en esos armarios hay para hallar citas y citas.

—Está corriente. Sureda lleva doce meses anotando.

Sureda era otro joven...

Pues bien, un día Soto se halló con una portentosa novedad: el viejo maldecido, enclenque y trémulo, se casaba con una lindísima muchacha.

—Soto—dijo D. Pedro,—prepárelo usted todo... Me caso con Aurelia La Playa. ¿Usted la conoce?

—Y cómo si la conocía!... ¡Todo un drama hubiera podido escribir el secretario particular de algún otro viejo autor dramático, al saber lo que entre Aurelia y Juan había ocurrido no hacía mucho tiempo!

—¡Ella!—se dijo Juanito.

Esta exclamación ya podía esperarla el lector, pero es de rigurosa necesidad y no podemos omitir dar cuenta de tal y aun tan gastada palabra.

José Sahonero.

★

Transeuntes.



—Ando siempre velozmente y así distraigo mis ojos, y se figura la gente que soy hombre de negocios.



—Al verme formal y tieso paseando en la Carrera, piensan que voy al Congreso... ¡Voy tras mi costurera!

Transeuntes.



—Me fastidia el invierno, porque todos los hombres van embrozados, y no se les oyen bien los «vidas mías».



—Me han dicho que están haciendo unos desmontes en la calle de Lista... ¡Voy allá corriendo! ¡A mí me entusiasman las obras municipales, y sobre que no tengo que hacer otra cosa!...

La vida de Juan Soldado.

(MONÓLOGO REPRESENTABLE)

(Decoración de cocina grande de pueblo. Gasa en el foro para los efectos consiguientes. En sillas y bancos se sientan hombres y mujeres. A la izquierda, en primer término, Juan.)

Bueno, pues voy á empezar, pero con la condición de que nadie ha de chistar para hacerme una objeción, aunque en las cosas que cuente haya, por casualidad, alguna tan sorprendente que no parezca verdad. ¿Estamos? Porque no quiero que mañana u otro día me tengan por embustero, cosa que me dolería. (Pausa.) Por si no lo sabe alguno, diré que el ochenta y seis entré en quinta, y saqué el uno.

Un aldeano. ¡Si fué el once!

Juan.

¡Vaya! ¿Veis? Si empezáis á interrumpir para decirme sandeces, no os lo cuento. Iba á decir que saqué el uno... dos veces. Lo que prueba que, contada la historia del mismo modo, no voy á aumentar en nada, sino á rebajar en todo. Bueno; pues la he de pintar tan al vivo, que cualquiera que atienda, se va á enterar lo mismo que si lo viera.

(Se rebaja la luz de la batería.)

Yo empecé mi suerte cuando dejé la azada humillante,

cogí el morral, y tomando la carretera adelante me incorporé al batallón de cazadores del Tajo, que estaba de guarnición en Carabanchel de Abajo.

(Queda el escenario más oscuro.)

Llegué, y claro, de repente, como se me conocía que era el más inteligente de toda la compañía, ¡zas! me hicieron coronel y luego... excuso decir que no entraba en el cuartel ni á las horas de dormir.

(Oscuro completo en el escenario.)

Por no darme á la vagancia, algún servicio sí hacía; pero siempre de importancia y de alta categoría.

(Se ilumina el fondo. Aparece tras de la gasa la contrafigura del soldado barriendo, en traje de mecánica.)

Con lo cual otro cualquiera se hubiera vuelto orgulloso; yo seguí siendo lo que era, tan llano y tan bondadoso. Crecerse sí; fundamento es propio de mequetrefes sin instrucción ni talento. No hay que decir que los jefes todos se me dís, utaban; y lo que yo más estimo es que siempre me trataban con una atención y un mimo...

(Sale un sargento que le examina la ropa, le hace cuadrarse y le pega un puntapié. Vanse las dos figuras.)

En fin, estalló la guerra con Andorra, una nación la más grande de la tierra

incluso el mismo Chinchón;
y allá fué mi regimiento
conmigo de coronel,
con bastante sentimiento
de todo Carabanchel.
En la primera batalla
¡Virgen santa del Amparo!
empezó á caer metralla
como si lloviera y ¡claro!

(Sale la contrafigura asustada y como huyendo, en traje de campaña, pero sin armas.)

me irrité como una fiera,
cogí á un soldado el fusil,
y entré solo en la trinchera,
matando lo menos mil.

(Se acurrusa en un rincón temblando de miedo.)

No quedé entre los escombros
porque vinieron dos cabos
y me llevaron en hombros
dándome ¡vivas! y ¡bravos!

(Salen dos cabos, le obligan á levantarse y se le llevan á empellones.)

Á causa de aquella acción,
cuando entré en la capital
me hicieron una ovación
y me hicieron ¡general!

(Sale de nuevo en traje de cuartel, con las ollas de rancho.)

Una marquesa preciosa,
vestida de terciopelo,
se me puso tan melosa
y en punto de caramelo,

(Sale la criada con la cesta al brazo, él la persigue y ella no le hace caso alguno.)

que me cogió en su regazo,
y con un amor profundo
me dió un beso y un abrazo
delante de todo el mundo.

(La criada le da un par de guantadas que le derriban al suelo y desaparece. Oscuridad completa en el cuadro.)

A eso, sabedlo, peleles,
obedece mi venida
á recoger los papeles
para casarme enseguida.

(Se ilumina fuertemente el primer término. Han desaparecido los personajes que escuchaban.)

Pero ¿qué es eso? ¿Se han ido?
¡Valiente m'co me han dado!
¡Y lo mismo ha sucedido
cada vez que lo he contado!
¡Nada! Las cuatro paredes.
Seguiré aquí... *(al público)* pero no;
porque si se van ustedes,
no puedo pedirles yo
mil perdones, si el engaño
les ha parecido mal,
ó una ovación como antaño
cuando entré de general.

Sinesio Delgado.



Transeuntes.



—«Me ojetó, la ojeté, nos ojetamos...»

(López Silva.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. B. de W. P.—Se equivoca usted de medio á medio, porque siempre recibo sus cartas con gusto y las saboreo con deleite. Lo que hay es que no puedo contestarlas por... falta de tiempo.

Sr. D. F. M.—Escabrosico me parece.

K. Laguala.—Resulta inocente de puro pasada de moda. Ese humorismo está mandado retirar.

Una cualquiera.—Nunca hemos podido admitir prosa, y ahora, ¡ay! ¡ahora menos que nunca!

XXX.—Mal no están, pero tienen el defecto que he señalado cien veces en las humoradas. Que se parecen á todas las que se han escrito hasta ahora. Es preciso dar alguna novedad á esas cosas.

Sr. D. I. M.—Es demasiado candorosa.

Sr. D. R. B.—Todo mediano, pero muy mediano.

Castuera.—Se ha fastidiado usted, compadre. La empresa del tranvía del barrio de Salamanca va á establecer la tracción eléctrica. Con lo cual le han cortado á usted la carrera, á lo menos por ese barrio.

El suicida.—¡Ojo con los versos largos, porque suenan mal generalmente! Pongo por caso:

«Al tocar en sus labios espumea hirvientes»

que, salvo lo de *espumea*, que es un verbo nuevo, tiene de más alguna sílaba que otra. Y así hay muchos.

Ordoño I.—Mil gracias por sus buenas intenciones, pero la cosa no tiene ya remedio. En cuanto á las quisicosas... no son malas, pero no son completamente nuevas.

Sr. D. P. B.—Ello es una verdad como un templo, pero la forma no corresponde al fondo.

Fintocilla.—¡Que no basta una falta de ortografía para desechar unos versos! ¡Sí, señor! Porque el que no sabe ortografía demuestra haber leído poco, y el que ha leído poco no puede tener formado el gusto, y el que no tiene formado el gusto... etc., etc.

Sr. D. R. L.—El asunto resulta un tanto antipático. Porque, generalmente, eso de los duelos y de las mujeres que aman al que vence sólo por vencer no suele ser natural ni lógico.

Espartaco.—La intención satírica no está clara. Y á propósito, hace tiempo me enviaron un recorte de un periódico, ignoro cuál, en que me daban un rapapolvo con la firma de usted. Sapongo que no será usted el mismo, porque aunque á mí no me importan los palos poco ni mucho, ¡caramba! sería demasiada broma.

Sr. D. F. M.—Vulgar la idea. ¿No le parece á usted lo mismo?

Sr. D. N. C.—Estamos conformes, y hasta me pesa, pero me es imposible remediarlo, porque ¡ay! yo no puedo hacerlo todo.

Sr. D. C. E.—digo de esas rápidas lo que he dicho de las humoradas á D. XXX.

Sr. D. L. S. R.—Muchas gracias.

Sr. D. P. L.—Lo mismo.

★

PLUMEROS, CEPILLOS, GAMUZAS
SACUDIDORES DE JUNCO Y DE ORILLO
HULES PARA MESAS Y VASARES
Completo surtido y precios ventajosos.
BRILLO PARA PAVIMENTOS
EL MEJOR Y EL MÁS BARATO
BURLETE
A DIEZ CÉNTIMOS METRO
HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS
DE
AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS
MARCA
LA NOYESA
Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.
JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO
Vinos gallegos puros del Rivero.
A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
Precios de suscripción.
MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.
PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.
EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 16 pesetas.
En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.
Precios de venta.
Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.
Un suplemento, 10 céntimos.
A los corresponsales, 6 céntimos.
Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.
Redacción y Administración: Península, 4, primera derecha.
Teléfono núm. 2.160.
Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.
MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.º